

# Bibi y Lulú

—Cuac, cuac, cuac.

Bibi estaba jugando en el estanque cuando escuchó un cuac, cuac a lo lejos.

Ahí estaba otra vez.

—Cuac, cuac, cuac.

Bibi siguió el graznido y pronto encontró a otro patito caminando cerca del corral.

—Caramba, ¿el Sr. y la Sra. Rodríguez han traído a la granja otro pato para que viva conmigo? —se dijo preocupada Bibi.

Cuando la Sra. Rodríguez vio a Bibi, la cogió en brazos.

—Bibi —dijo—, ésta es Lulú. Una nueva amiguita para que juegues.

Bibi batió las alas y saltó de los brazos de la Sra. Rodríguez al suelo. La Sra. Rodríguez soltó una risita y se dirigió a la granja.

—Una nueva amiga ¿eh? —pensó Bibi—. Ya estoy contenta, no necesito amigos.



Lulú era una pata más pequeña y a Bibi le preocupaba tener que cuidarla, prefería andar solita, por su cuenta.

Caminó junto a Lulú, sin mirarla siquiera, y se fue a su cómodo rincón dentro del granero. Estaba decidida a ignorar a Lulú.

Mientras Bibi picoteaba los granos y vegetales que la Sra. Rodríguez le había echado, Lulú se puso a su lado para comer también. Bibi, enojada, se fue antes de que Lulú terminara de comer y se recostó en la paja para disfrutar de un largo y reparador sueño.

Cuando Bibi se despertó a la mañana siguiente, Lulú estaba durmiendo profundamente a su lado. Bibi estaba molesta.

—¿Qué está haciendo en mi montón de paja? Y encima, también come de mi plato —dijo resoplando.



De puntillas, Bibi salió del granero y se dirigió al estanque, su lugar de juegos favorito. Allí solía pasarse horas persiguiendo libélulas, buceando en busca de cualquier cosa que flotara junto a sus patitas palmeadas, y disfrutando del agua y del sol. Ese lugar era suyo, *solo de ella*.

De repente, en la distancia, Bibi escuchó de nuevo ese sonido.

—Cuac, cuac, cuac.

Cada vez sonaba más cerca.

—¡Oh, no, otra vez no! ¿Es que no puede dejarme tranquila?

Rápidamente, Bibi se escondió entre los juncos. Cuando Lulú se acercó, Bibi la espío a través de las plantas para ver cómo entraba en el estanque con sus andares de pato. Lulú soltó un alegre graznido cuando se metió en el agua. Al poco rato estaba jugando salpicando el agua, zambulléndose y persiguiendo libélulas. Bibi se puso de muy mal humor.

—Creo que me sentaré aquí hasta que se vaya —pensó.



Al poco rato, Lulú se quedó muy quieta y se puso a llorar.

—Ojalá no hubiera venido —dijo con voz llorosa—. No le caigo bien a Bibi. Me siento muy solita. Quizás debería irme...

Cuando Bibi escuchó llorar a Lulú se sintió muy mal. Recordó que cuando llegó a la granja el Sr. y la Sra. Rodríguez la cuidaron y le demostraron mucho cariño. En aquella época, Bibi también era una patita solitaria.

Lulú necesitaba una amiga y Bibi comprendió que ella también lo necesitaba.

Lentamente Bibi salió, con sus andares de pato, de los juncos y se acercó nadando hasta la patita triste. La rodeó con su alita, y Lulú se sobresaltó y alzó la mirada.

—Lulú, siento mucho haberte entristecido —dijo Bibi—. No quiero que te vayas. Me gustaría ser tu amiga.



—¿De verdad?

—Sí. He sido muy egoísta y no he querido compartir nada contigo, y estoy muy arrepentida por eso.

—Está bien —dijo Lulú con una sonrisa—, yo también quiero ser tu amiga.

—Si quieres puedo mostrarte la granja —dijo Bibi—. Es una granja enorme y hay muchas cosas emocionantes para hacer.

— ¡Sí! ¡Me gustaría mucho!

Y las dos patitas se fueron juntas a explorar la granja. Lulú necesitaba una amiga y Bibi también.



*Autor anónimo. Ilustraciones: Alvi. Diseño:  
Stefan Merour.*

Publicado por Rincón de las maravillas. © La  
Familia Internacional, 2014